

## Las ovejas vestidas de lobo

Si su único problema en la vida fuera ser gay todo sería más fácil, pero no, tenía que ser algo más. Con él siempre era algo más. Víctor se había resignado a pasar el resto de sus días en soledad.

Estaba en su último año de veterinaria en la universidad. Le había ido bastante bien en las calificaciones, pero en el amor no había tenido suerte. Y no es que no hubiese chicos disponibles, solo que nunca podía ser del todo sincero con ellos y al final todo terminaba mal. La comunicación realmente era clave.

Había un chico que lo volvía loco y no de amor: Estéfano. Era un ser insufrible e insoportable, que siempre se burlaba de su ropa, de cómo hablaba y siempre estaba pendiente si se equivocaba en las clases ¡No lo soportaba! Sin embargo, no siempre fue así.

El primer año de universidad, desde el momento en que se vieron saltaron chispas. Estéfano siempre iba bien vestido, jamás con una hilacha fuera de su ropa. Caminaba despacio, casi como danzando, y su sonrisa derritió el corazón de Víctor en un segundo. Coqueteaban en las clases y se la pasaban juntos por todos los rincones de la universidad.

Todo terminó en la fiesta de cumpleaños de Estéfano. Había mucha gente y Víctor no había tenido la oportunidad de estar a solas con él, por lo que decidió darle una sorpresa en su cuarto. Sin embargo, cuando Estéfano lo vio, su personalidad cambió por completo. Le dijo que nada tenía que hacer él en su cuarto y le exigió que se fuera. Ante la negativa de Víctor quien pedía una justa explicación, Estéfano le gritó que solo había jugado con él y todo era una broma. Víctor destrozado salió de esa fiesta llorando y jurando que nunca más caería en las redes de un hombre tan vil como Estéfano. Ahora su relación era solo de odio mutuo. En cada esquina de la universidad Estéfano le recordaba lo patético que era.

—Linda bufanda Víctor ¿Es de la caridad? —le decía siempre Estéfano cuando iba con su bufanda favorita.

Por personas como Estéfano, jamás tendría la confianza de contarle a alguien su secreto. Víctor se había resignado a vivir sin amor.

Cuando llegaba a casa se dirigía directo a su cuarto. Cerraba la puerta con llave y luego entraba a su armario. Ahí estaba su paraíso. Se tiraba en el suelo rodeado de estambres de lana y chalecos de cachemira. Inhalaba hasta que le dolía el pecho para absorber el aroma de las telas.

No recordaba desde que edad la lana había comenzado a ser todo para él. Quizás las suaves mantas que le había tejido su difunta abuela o cuando su madre lo cargaba mientras vestía un suave chaleco de lana azul. Solo sabía que a los catorce años se había masturbado envuelto en todas sus bufandas, sintiendo el aroma de la lana, el roce del tejido en su piel y ese orgasmo había sido de dioses. Desde ese momento una llama ardió en él y de ahí el deseo solo fue creciendo.

Las cosas pronto tomaron otro giro cuando se dio cuenta que nadie compartía sus gustos y, es más, tener esos gustos no era algo de lo que alardear. Había sido mucho más fácil decirle a sus padres que era gay a que se excitaba con estambres de lana. Pasó por psicólogos y psiquiatras hasta que un día decidió decirle a su madre que se había curado y ahora solo era un niño gay. Ahora vivía en otro armario.

Otro de sus lugares favoritos lo visitaba luego de clases. Despedía a sus amigos que nada sabían de sus gustos y cubriéndose con gorros y gafas de sol, se dirigía al lugar como incógnito. En la otra punta de la ciudad se encontraba su tienda de lanas favorita: *Lanas de la señora Lía*. Era un lugar grande, por lo que no llamaba la atención. Entraba y paseaba por horas en los pasillos llenos de distintas lanas y telas que le gustaban. Los jueves siempre compraba alguna cosa pequeñita para llevarse a su armario.

Ese día paseaba por una nueva sección de la tienda donde tenían a la venta chalecos maravillosos. Uno verde-agua destacaba del resto, su tela era tan suave que le dio un hormigueo en el abdomen. En el momento que fue a tomarlo, otra mano se adelantó a él. Sus gafas de sol cayeron al suelo de la impresión al ver la mano de Estéfano tomando la hermosa prenda.

Hubo un silencio que para Víctor fueron años. El hombre que le hacía la vida imposible estaba en su paraíso. Cuando su cerebro volvió a funcionar, comenzó a pensar en miles de excusas que podría decir para que Estéfano no lo descubriera, pero antes que pudiera decir algo, Estéfano tomó el chaleco y se fue directo a la caja para pagarlo. Víctor quería morir.

Ya en su cama Víctor se daba vueltas pensando en lo extraño que había terminado su día. Su archienemigo había descubierto su lugar favorito y lo peor, se había llevado esa prenda tan maravillosa ¡Qué desperdicio en manos tan horrendas! Aunque no era cierto, las manos de Estéfano eran lisas y delicadas. Odiaba y admiraba como tomaba el bisturí en clase de anatomía, era toso un profesional.

Al otro día en la universidad Víctor quedó boquiabierto cuando Estéfano ingresó al salón vestido con el hermoso chaleco verde-agua. Resaltaba su piel de cuarzo, tan frágil y brillante. Se veía hermoso y detestaba admitirlo. Estéfano lo miró por un segundo, pero para la sorpresa de Víctor no le dedicó ninguna burla. Desde ese día Víctor fue ignorado.

Varios meses después del incidente, una tarde Víctor tuvo una revelación que le devolvió la esperanza para su vida amorosa: el internet. Había salido a bailar con sus amigos de la universidad, cuando escuchó una conversación de dos chicos que le daban la espalda.

—No te preocupes, solo tienes que ir al buscador de internet y poner «kinkyfestival» y hacerle clic a la primera página que aparezca. Es un foro donde encontrarás gente con tus gustos ¡Así fue como Linda encontró a su sumiso!

En ese momento todo fue en cámara lenta para Víctor y sintió la luz divina y miles de trompetas de triunfo ¡Bendito internet! Dejó a sus amigos y fue corriendo a su casa. Se encerró en su habitación y buscó el sitio.

Era un foro bastante simple dividido en distintas categorías. Víctor no entendía casi ningún término de los que leía. Solo reconocía los que eran más populares como masoquismo, *bondage*, pero no encontraba nada sobre lanas. Así que usó el filtro de búsquedas y encontró un subforo llamado: *woolies*.

Al parecer ese era el nombre de las personas con su fetiche. Cuando abrió el subforo sintió una mezcla de emoción y desilusión, pues, aunque había varias personas como él, era el subforo que tenía menos comentarios. Suspiró un par de veces y luego decidió no darse por vencido.

«Hola, mi nombre es... —no podía escribir su nombre real por lo que pensó con rapidez algún apodo— *Sheepy* y me gustaría conocer algún chico como yo, pues nunca he logrado tener un novio con el que pueda compartir mis gustos.»

Esa noche se quedó viendo la pantalla de su computador esperando alguna respuesta que nunca llegó. Al otro día se pasó pegado al celular con la ilusión de que alguien viera su publicación, pero no pasó nada. Tenía ganas de llorar, se sentía estúpido por haber tenido esperanzas por un tonto foro y por ser un llorón. «Quizás sea mejor, pude encontrarme con algún viejo depravado o algo así», se decía intentando consolarse.

No fue hasta las vacaciones de invierno que tuvo su primera respuesta. Víctor se había quedado solo en casa, pues sus padres se habían ido de luna de miel para celebrar sus treinta años de casados. Cuando vio la notificación en su celular no podía creerlo, una respuesta, alguien estaba interesado.

«Hola *Sheepy*, mi nombre es *Fancybunny00*, soy un chico que le encanta la lana y me gustaría que habláramos más»

La vida había vuelto a su cuerpo. Víctor saltaba en su cama con una sonrisa en su rostro. Solo rogaba que no fuera un depravado o un estafador. Le gustaban las lanas igual que a él... en este mundo existía un chico igual que él.

Sheepy:

¿Qué telas te gustan más?

FancyBunny00:

Adoro las lanas suaves, la cachemira y mis favoritos son los chalecos de angora. Ahora traigo uno puesto.

Víctor dio gritillo de alegría cuando vio que el chico le mandaba una foto. Solo era de su torso usando un chaleco angora rosado, pero fue más que suficiente para que la sangre se reuniera bajo su abdomen.

El resto de la semana Víctor no escuchó ninguna de sus clases. Solo se la pasaba chateando con su nuevo amigo. Él también era universitario y sufría por su soledad. Le había mostrado fotos de su armario y era mucho más grande y surtido que el de Víctor.

La última semana de vacaciones, recibió un mensaje inesperado: «Quiero verte», sin embargo, Víctor no replicó de inmediato. Todos sus miedos le asaltaron a la vez ¿Y si de verdad es un depravado? ¿Si es una broma? A lo

mejor era una anciana de sesenta años... pero en el fondo sabía la verdad, él también quería verle.

Fue corriendo al baño de la universidad para tener algo de tranquilidad. Al abrir la puerta se encontró de frente con Estéfano. Como buen *woolie*, Víctor posó sus ojos en la bufanda que llevaba puesta de una lana gruesa blanca, parecía de alpaca. A Estéfano todo le quedaba tan bien.

—Ten cuidado —le dijo levantando la cabeza como si fuera un rey hablándole a un sirviente descuidado— ¿No ves que casi me pisas?

—No fue mi intención —dijo Víctor guardando su celular con rapidez.

Víctor vaciló un momento, pero al final decidió entrar al baño. Estéfano también decidió quedarse a molestarlo.

—¿Quizás estas resentido porque te quité ese chaleco el otro día?

Ante la mención del chaleco Víctor se petrificó. No había forma que Estéfano supiera su secreto ¿Acaso no estaba de moda que los hombres tejieran? Con toda esa ola de erradicar la masculinidad toxica, habían aparecido un montón de tipos que adoraban tejer (solo que no se excitaban como él al tocarla). Podía decir que lo compraba para su madre o simplemente le había llamado la atención. Era gay, mucha gente pensaba que todos los gais les gustaba la moda... podía decir todo eso, pero lamentablemente en la mente de Víctor solo había una voz que le decía que Estéfano sabía la verdad y estaba listo para humillarlo delante de todos. Sería el hazmerreír de la universidad y nadie lo querría nunca. Le entraron ganas de llorar por el torbellino de pensamientos negativos en su mente, por lo que olvidó por completo a que iba el baño y prefirió irse

—No sé qué te hice para que me odieras así —gritó aguantándose las lágrimas y salió del baño con un portazo tras de sí.

No se quedó a las clases de la tarde y se devolvió a su casa. Por todo lo que estaba viviendo, tenía el presentimiento que tendría que estudiar el doble para los exámenes. Al llegar a casa sacó su celular y se quedó mirando el mensaje de *FancyBunny*. Tenía que decidir lo que haría y aceptar las consecuencias. Así que le respondió.

Sheepy:

Está bien, veámonos ¿Dónde quieres?

FuncyBunny:

¿Qué tal la tienda de tía lía?

Sheepy:

No por favor, fui descubierto ahí...

¿Qué tal el parque que está a dos cuadras?

Es grande y tranquilo.

FuncyBunny

Te esperaré a las cinco. Iré con un chaleco de cachemira.

Víctor se teletransportó a su armario con un serio dolor de estómago. Temía no llegar a la reunión, pues los nervios lo comerían vivo. El iría de cachemira, no tenía nada de angora para impresionarlo, así que decidió ir con su chaleco favorito de lana celeste, abrigo largo café y su bufanda azul marino gruesa, pues tenía pinta de lluvias.

Cada paso que daba hacia el parque sentía que lo hacía en cámara lenta. No quería imaginarse como era, pues no quería caer en falsas expectativas. No le interesaba si era feo, pues eso no era lo importante. Solo pedía que fuera de su edad y que las cosas que le había contado fueran ciertas.

Le quedaba menos de una cuadra para llegar al parque. El cielo se había puesto grisáceo, y el aire estaba húmedo. A lo lejos pudo ver la silueta de una persona alta. Llevaba un abrigo negro y una bufanda blanca. Al ver la bufanda sus pies se detuvieron de golpe. Ese cabello castaño desordenado le pareció familiar. Quiso retroceder, pero fue demasiado tarde. El chico se dio la vuelta: era Estéfano.

Al igual que en el almacén no dijeron una sola palabra. Víctor miraba horrorizado como su archienemigo estaba plantado donde debería estar su amado. No entendía nada, sus emociones subieron por su cuerpo como un volcán y al erupcionar solo se le ocurrió salir corriendo.

—¡Espera! —gritó Estéfano, pero Víctor ya estaba lejos de su alcance.

Corría con todas sus fuerzas, solo quería llegar pronto a su casa y no salir jamás de ella. La lluvia comenzó a caer con malicia, mezclándose con sus lágrimas. Se sentía tan patético... otra vez había creído y caído en una broma. Le dolía el pecho por el aire frío que entraba como cuchillas por su boca. Tuvo que parar a recobrar el aliento, pero no lo logró, pues una mano tiro de él.

—¡Por favor escúchame! —suplicó Estéfano, con la cara completamente roja— Porf...

—¡No, no quiero! —grito Víctor— Porque te burlas de mí, yo solo quería alguien que me entendiera, pero todo era una broma para ti, como lo supiste ... solo déjame, dej...

—¡Víctor por favor! —rogó Estéfano tomándolo de ambos brazos— ¡No estaba bromeando, todo es cierto! No sabía que eras tú al principio, luego lo deduje, por eso quería que nos viéramos, para aclarar las cosas...

—Tú ya me has engañado antes ¿no lo recuerdas? ¡Por qué te creería! Solo eres un presumido.

—Sí, soy presumido —dijo Estéfano bajando la mirada—, he forjado una personalidad terrible, pero entiende, así es como me defiendo del mundo... ¿Qué dirían de mi si supieran que cada vez que veo un chaleco de lana me excito? La gente ya piensa que soy un depravado solo porque soy gay, sería mil veces peor... puedo tener cosas bonitas, porque piensan que soy un *fashionista*, pero no puedo compartir esto con nadie... hasta que llegaste tú... ese día en mi cumpleaños, ibas a entrar a mi armario donde tengo mis cosas y entré en pánico, preferí alejarte, pero luego te vi en el almacén y tuve esperanza...

—¿Supiste que éramos iguales ese día?

—No estaba seguro... pero, comencé a probarte yendo vestido con prendas que pensé podrían gustarte y veía como me mirabas...

—¡Yo no miraba nada! —dijo Víctor con las mejillas calientes, recordando las veces que se había embobado con los chalecos y las bufandas de Estéfano.

—Bueno, solo pensé que podrías ser como yo, pero luego deseché la idea... hasta que un amigo en una fiesta me recomendó esa página web y decidí investigarla. Vi tu mensaje muchas veces, pero no me decidía a

responder, pues temía que fueras algún estafador o algo peligroso... por favor créeme Víctor.

Las manos temblorosas de Estéfano le apretaban con fuerza. Aún tenía la mirada baja, así que se la levantó despacio. Su piel estaba fría y mucho más roja que cuando llegó. Tenía los ojos llorosos, no pudo pensar más que se veía precioso ¿Realmente era Estéfano? Había llegado a otro camino con una encrucijada, tenía que volver a decidir.

—¿Quieres venir a mi casa? Hace frío —dijo al fin.

—Si quiero —dijo Estéfano secándose los ojos como un niño pequeño.

Caminaron el resto del camino en silencio. Ambos meditaban en lo se habían dicho y en todo lo que habían hecho hasta llegar a ese momento. Víctor pensaba en como ambos vivían su soledad. El por un lado pretendía que esa parte de su ser no existía e intentaba tener amigos y hacer su vida *normal*, mientras que Estéfano el miedo lo había llevado a alejar a todos con su actitud arrogante y superior, pero al final ambos eran iguales, estaban solos. «¿Acaso es tan terrible que te exciten las lanas? Hay cosas aún más extrañas y no le hacemos daño a nadie», pensó. Ese no era el punto. Era la sociedad que no aceptaba que la sexualidad era algo vivo, un río que fluye infinito y que para todos es diferente. No había porque sentirse avergonzado, pero al final del día así se sentían.

Al llegar a su casa, se fueron a secar el cabello mojado y Víctor lo invitó a subir a su habitación. Tomó el abrigo de Estéfano y volvió a quedar paralizado al ver que llevaba puesto el chaleco verde-agua.

—Es muy bonito —dijo sin pensar con los ojos fijos en el chaleco.

—Tócalo —dijo acercándose Estéfano.

Víctor lo miró algo sorprendido, pues había llevado a Estéfano a su cuarto solo para conversar tranquilos sobre la situación, pero luego se rio de su propia mentira ¿realmente quería conversar más sobre esto?

Estiró con timidez la mano hacia el pecho de Estéfano. El chaleco era tan suave y cálido. Sintió un cosquilleo por todo su cuerpo al acariciar esa maravillosa tela.

—Llévame a tu guarida, todos los *woolies* tenemos una —dijo Estéfano tomando la mano de Víctor.

Caminó despacio hasta llevarlo a su pequeño armario donde tenía sus preciadas prendas y ovillos. Estéfano miró el armario con un brillo seductor en sus ojos. Tiró todas las prendas al suelo y se tiró en ellas como si fuera el océano. Abrió los brazos para invitar a Víctor, que lo miraba con timidez desde la puerta. No podía creer que ese chico sonriente era Estéfano, sus mejillas estaban aún tan rojas... dio pequeños pasos hacia él, pero Estéfano lo detuvo.

—Si lo deseas puedes quitarte todo y ponerte esto —dijo, tirándole el chaleco verde-agua— A ti te quedará mucho mejor...

Víctor sentía como se mojaban sus calzoncillos y el calor en sus muslos ¿Acaso todo era un sueño o una broma terrible de Estéfano? Se quitó despacio la ropa y se puso el chaleco. Le quedaba grande, casi llegaba hasta sus rodillas. Tenía impregnada la colonia de Estéfano. Al inhalarla sintió un cosquilleo en la punta de su miembro. «Dios mío no sé si sobreviva a esto», pensó.

Fue junto a Estéfano quien aún lo esperaba con los brazos abiertos. Le hizo una seña para que se diera vuelta. Posó su espalda en el pecho de Estéfano, y sintió como su corazón retumbaba igual que el suyo, descarrilado.

Entonces Estéfano le besó el cuello. Víctor gimió casi de forma involuntaria y luego avergonzado se tapó la boca.

—No te calles —susurró Estéfano— Quiero escuchar...

Volvió a besarlo y esta vez Víctor dejó salir su voz. Estéfano comenzó a acariciarlo. Víctor podía sentir el calor de sus manos traspasando la tela.

—El tejido es maravilloso ¿no crees? —susurró Estéfano— Tan suave, tan cálida... como tu piel.

Víctor solo le respondía con gemidos. Estaba viviendo el sueño más delicioso de su vida con quien hace media hora era su archienemigo. Acostado en una pila de tejidos, con alguien que amaba lo mismo que él. Sentía todas las lanas tocando su cuerpo, y la mano de Estéfano acariciándolo por todos lados. Era un placer que no había sentido antes y jamás podría olvidar. Estéfano aumentó el ritmo de sus caricias y Víctor sentía los espasmos cada vez más fuertes. Hundió su cara en la bufanda de Estéfano, inhalando su aroma mezclado de su dulce colonia. Se volvieron a besar esta vez mucho más apasionados, hasta que Víctor llegó al clímax sintiendo que había encontrado las respuestas de todo el universo.

—Apenas comenzamos —susurro Estéfano con su típica sonrisa malévola, solo que ahora Víctor la veía juguetona y no con malas intenciones. La noche fue dulce y calurosa.

Los rayos del sol despertaron a Víctor más temprano de lo que le hubiera gustado. Estaba en su cama, cubierto de sus frazadas de lana junto a Estéfano que seguía dormitando. Sus pestañas eran largas y delgadas, y aun tenía sonrojadas las mejillas. Víctor se tapó la cara avergonzado al recordar todo lo que había pasado. Había sido increíble, pero tenía miedo que Estéfano despertara y le dijera que todo había sido mentira o que solo fue algo de una vez y no quería volverlo a ver.

—Qué haces —dijo somnoliento Estéfano— Vuelve aquí, soy friolento.

Sintió la mano fría de Estéfano jalar de él y atraerlo a su pecho. Víctor lo miró a los ojos y recibió un dulce beso. Luego de unos segundos sus cuerpos estaban cálidos de nuevo.

—Tenía miedo que no quisieras verme.

—Quiero verte toda la vida ¿podemos? —dijo Estéfano acurrucándose en su pecho.

—Podemos.

El primer día de universidad todas las miradas iban hacia ellos. Estéfano con un espectacular chaleco de angora morado y unas gafas circulares, iba de la mano con su ahora queridísimo Víctor, quien iba con una larga bufanda de lana blanca y un gorro con un lindo pompón azul. Ambos se miraron con complicidad recordando que, bajo la ropa de ambos, unos suaves calzoncillos de lana complementaban su atuendo. Sonreían ante las miradas atónitas de sus compañeros que en ese momento entendieron a la perfección el significado de la frase *del amor al odio solo hay un paso...* o un ovillo de lana.

